

DEL SILENCIO AL AMOR

Un camino de la mano del Beato G. José Chaminade



III - VIVIR EL AMOR

Un escriba preguntó a Jesús:

—¿Qué mandamiento es el primero de todos?

Respondió Jesús:

—El primero es: "Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser". El segundo es este: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". No hay mandamiento mayor que estos. (Mc 12,28-31)

En una palabra, quedan esta tres: la fe, la esperanza y el amor. La más grande es el amor. (1Co 13,13)

A la tarde te examinarán en el amor, aprende a amar como Dios quiere ser amado, y deja tu condición. (S. Juan de la Cruz)

Solo quiero que estéis advertidas, que para aprovechar mucho en este camino y subir a las moradas que deseamos no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho; y así, lo que más os despertare a amar, eso haced. Quizá no sabemos qué es amar, y no me espantaré mucho; porque no está en el mayor gusto, sino en la mayor determinación de desear contentar en todo a Dios y procurar todo lo que pudiésemos no ofenderle y rogarle que crezca la hoguera del amor y gloria de su Hijo y la extensión de la Iglesia católica. Estas son las señales del amor. (Sta. Teresa de Jesús)

1. Creados para el amor

¿Por qué la obligación de amar? Porque es el fin que Dios se ha propuesto al crearnos. El no nos ha creado sino para la soberana felicidad. Se tiende a la soberana felicidad por el amor. (EP VII 35,2)

Tenemos un alma inmortal que no perecerá jamás, cuya felicidad consiste en amar, que no puede estar sin amor, que encuentra en el amor todo su placer. No se puede, pues, ser dichoso, más que eligiendo como objeto del afecto los bienes que no se pueden perder y que no se pueden jamás odiar. Ahora bien, únicamente Dios es un bien de esta categoría; bien eternamente amable y que no puede dejar de existir ni dejar de ser amado. (EP VII 36, 15)

2. El amor a Dios, camino de felicidad

El mandamiento de amar a Dios no es tanto un precepto en virtud del cual estemos obligados a amarlo, cuanto una advertencia: nos recuerda que es imposible ir hacia Dios sin amarlo. El hombre no puede considerar a Dios su verdadero bien, sin amarlo; porque el deseo de ser feliz le hará desear poseer a Dios, desde el momento en que se persuada de que Dios es su felicidad. (EP VII 36,1)

La fuerza con que se tiende hacia una cosa es más o menos grande según el peso que nos lleva hacia ella. El amor es el peso del corazón. Si el amor a Dios es soberano, como debe serlo, porque es el amor del soberano bien, el peso de este amor hará ir al alma hacia Dios con todas sus fuerzas. (EP VII 36,4)

Dios es nuestro centro: en él encontramos el descanso, la alegría, el honor, el cumplimiento de todos nuestros deseos. Es un bien infinito en su altura, en su profundidad, en su longitud, en su anchura. Su altura es la infinidad; su profundidad, la inmutabilidad; su longitud, la eternidad; su anchura, la inmensidad. Su eternidad encierra todos los tiempos; su inmensidad todos los lugares; su infinidad, todos los seres; su inmutabilidad, todos los movimientos y todas las operaciones del ser. Puede pues llenarnos en todo tiempo, en todo lugar, en toda acción, en todas las cosas. (EP VII 36,18)

3. El amor, respuesta gradecida y libre

Debemos amar a Dios, porque de él nos viene todo lo que somos y todo lo que tenemos en el orden de la naturaleza y de la gracia: la cualidad de hombre hecho a su imagen, la cualidad de cristiano y todos los bienes que estas cualidad comportan. Es un deber de agradecimiento que nos obliga a relacionar todo con Dios, nuestro cuerpo, nuestra alma y todas sus potencias; y este deber es tanto más urgente, cuanto que esos bienes son inmutables, están además en todo momento, cada uno de ellos tiene un valor inestimable que sobrepasa todo lo que una inteligencia creada puede concebir. (EP VII 36,30)

Debemos amar a Dios, porque todo lo esperamos de él, que es una fuente inagotable y siempre abierta de gracias y beneficios, de la cual podemos sacar en todo momento por Jesucristo todo lo que nos hace falta y lo que él nos otorga después de esta vida, un bien que encierra todos los bienes y que o es otro que él mismo. Debemos amar a Dios porque él nos ama: este motivo es más puro; es más fuerte que los otros; nada commueve tanto como el amor. (EP VII 36,30-31)

No hay ningún bien creado, nada útil, agradable, ni importante, ningún rasgo, ningún carácter de bondad y de belleza que no esté mucho más perfectamente en Dios de lo que está en la criatura misma y de lo que aparece a nuestros ojos. Pues, ¿cómo no iba a estar en Dios ese bien que atrae nuestra atención y a menudo nuestra admiración, ya que Dios es su productor y nadie produce, ni comunica, ni coloca fuera de sí mismo más que lo que tiene, lo que posee, lo que contiene en sí mismo? (EP VII 36,9-10)

Todo nos habla de su amor; pero, sobre todo, Dios mismo, y la mirada de amor que él ha tenido hacia nosotros. Nosotros tenemos en ese amor que Dios ha tenido por nosotros, el modelo del que nosotros debemos tener hacia él. ¿Qué ha hecho Dios por nosotros? En primer lugar Dios nos ha dado todo lo que él ha hecho. En segundo lugar Dios nos ha dado nosotros mismos a nosotros mismos, nos ha hecho dueños de nosotros mismos. Él quiere nuestro corazón, pero quiere tenerlo por nosotros mismos. "Yo soy quien te ha hecho, tu eres semejante a este hijo que yo engendro eternamente, yo pongo en él mis complacencias y yo las espero de ti. Yo te hago por eso dueño de tus inclinaciones, libre". (EP VII 35,15-16)
¿Debemos tender necesariamente a amar a Dios? No, entonces nuestro amor no tendría mérito. Nosotros debemos amarlo libremente y por elección,

voluntariamente. Es por eso que él se esconde, que no nos deja ver más que una parte de sus amabilidades, a fin de que nosotros le amemos creyendo en la palabra que nos dice que él es el soberano bien, mientras que los otros bienes son falsos bienes sin él. (EP VII 35,7-8)

4. Amor a Dios y al prójimo

El amor a Dios, el amor al prójimo tienen el mismo motivo: se ama a Dios por él mismo; se ama a Dios igualmente en el prójimo. No puede existir un amor sin el otro. Se los posee al uno y al otro en el mismo grado. Los dos tienen su raíz en el mismo Dios; los dos pertenecen igualmente a la caridad. En vano nos enorgullecemos de amar a Dos si no practicamos la caridad fraterna los unos con los otros, y recíprocamente todo el bien que pudiéramos hacer al prójimo no provendría de una verdadera caridad, si no lo hicieramos en vistas a Dios y si no procediera de su amor. (EP VII 36 21-22)

5. Amor gratuito y universal

Este amor tiende directamente a Dios, del cual emana: no se propone sino lo que puede hacer al hombre más santo y más grato a Dios, la gloria de Dios, el cumplimiento de la voluntad de Dios. Si se propone otros fines menos puros, aunque buenos, no sería un amor de caridad. Una nota segura por la cual se puede saber que nuestro amor es sobrenatural la podemos descubrir cuando nuestro amor es universal hacia todos los hombres, sin distinción de amigos y enemigos, de parientes o extraños, y cuando se quiere el bien y se hace el bien, todo lo que se puede, a todo el mundo. No se tiene ese amor de caridad sin el cual no se puede estar en gracia de Dios a menos que no se dirija a todos a todos los hombres. Un solo hombre que se excluyera del amor, aunque fuera el peor malvado y el más odioso de los hombres que viven en la tierra, bastaría para hacernos ver que no tenemos ese amor de caridad que nos es absolutamente necesario para la salvación. (EP VII 36,26-27)

6. Amor y sufrimiento

¿No hay sufrimientos en el servicio de Dios, es que Dios no quiere que hagamos penitencia, que nos mortifiquemos, que se ame la cruz, los sufrimientos? Debemos amarlos, pero esto no entra en el fin último. Dios no

los ordena sino porque nosotros los hemos hecho necesarios para poder amar, porque nosotros somos pecadores. Dios, por misericordia, quiere salvar al género humano, entonces hacen falta sufrimientos para poder salir del pecado. El camino que hay que coger es un Salvador crucificado, porque Jesucristo ha seguido este camino espinoso. (EP VII 35,3-4)

7. Amor y oración

Dios, manifestándonos sus amabilidades infinitas, nos atrae y nos une a él. Los encantos con los que Dios nos atrae y nos une a él son la fe, la esperanza y la caridad. Todo esto se hace en la meditación. Meditar es creer, amar, esperar, examinar y considerar las razones que tenemos para creer, amar y esperar. Las dificultades que se encuentran al hacer oración no deben detenernos. La oración es más útil cuando se han tenido dificultades al hacerla. Es raro que no se superen esas dificultades. Cuanto más aumenta la fe, mejor se hace la oración. (EP VII 35,14)

8. Amor y pecado

Dios desea infinitamente hacerte feliz, ¿de dónde viene que no lo hace?. Es que el pecado cierra la abertura de tu corazón. Es como un navío cerrado en ese mar de esencia y de todo bien, sin que pueda entrar en él una sola gota de ese bien. ¿Cuándo lo abrirás? (EP VII 36,19)

9. Del amor al amor

Dios es nuestro principio y nuestro fin. En este fin está la felicidad verdadera que no se consuma en este mundo, sino que debe ser consumada en el otro mundo, en el cielo, porque nosotros estaremos entonces en un estado fijo de gloria y veremos claramente, intuitivamente, a la divinidad. Nuestro Señor nos ha dicho: "Yo soy el principio y el fin", yo soy el principio y el fin como el alfa y la omega son el principio y el final del alfabeto. Si Jesucristo es el principio y el fin hacia el cual debemos tender siempre, nosotros debemos partir de Jesucristo para ir a Jesucristo. En el cielo se amará a Dios voluntariamente, se le deseará siempre y se le poseerá siempre. (EP VII 35,55-56)

Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer; vos me lo disteis, a vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia, que esta me basta. (S. Ignacio de Loyola)

ME BASTA

No puedo abrumarte
con tercos argumentos
ni con obsesivas oraciones,
para que me concedas
salud para servirte,
vida larga para hacer más cosas,
honra para encontrar
las puertas abiertas,
abundantes recursos
para ser más eficiente.
No puedo pedir tampoco
sufrimientos
presumiendo de mis fuerzas,
como si tú necesitases
una cuota de dolor
para concedernos
las cosas necesarias.
Yo sólo quiero pedirte
lo que tú siempre me ofreces,
tu amor y tu gracia
que engendran vida,
pero pueden llevar a la muerte
por defender a los asaltados,
que crean salud,
pero pueden llevar a perderla
en el servicio de los débiles,
que nos hacen amables,
pero pueden provocar
descalificación social
por no amoldarnos a las leyes,
que fructifican la tierra
con todos los bienes necesarios,

pero pueden dejarnos sin nada
por hacernos hermanos
de los echados de tu mundo.
Yo sólo quiero pedirte
tu amor y tu gracia.
Que los acoja en mí
como la última verdad
y que mi corazón diga:
“Me basta”.

EN TODO

En todo contemplarte
porque en todo alientas
interior y última energía
donde todo consiste,
en todo descubrirte
perforando la cáscara
bella o destrozada
de todo lo que vive,
en todo anunciarte
próximo e inédito
venturoso futuro
surgiendo del abismo,
en todo sufrirte
solidario en las pérdidas
que amputan a toda criatura
horadando tu costado,
en todo amarte
Dios íntimo y universal
en el abrazo que entremece
y en la comunión cósmica,
en todo servirte
laborando la convergencia en ti,

cierta e imposible,
de todo lo que existe.

DIOS SERVIDOR NUESTRO

Yo te alabo Señor,
servidor nuestro
en todo lo creado.
Orquestas el canto del cosmos
y afinas el oído que escucha.
Purificas el aire viciado
y abres el pulmón que respira.
Haces fluida la sangre en el cuerpo
y canal la vena que la guía.
Avivas el verde en la hoja
y alegras el ojo que mira.
Yo te alabo Señor,
servidor nuestro
en todo lo creado.
Nos impulsas hacia los demás
y desde los demás nos fascinas.
Nos alientas a un encuentro sin fin
y nuevo cada día te muestras.

Nos invitas a servir al pueblo
y en el seno del pueblo nos cuidas.
Por amor nos das la vida en cada
origen
y en el amor nos acoges cuando
termina.
Yo te alabo Señor,
servidor nuestro
en todo lo creado.
En tu afán por nosotros,
en tu insomne presencia,
vas del surco a la espiga
y del pan a la fiesta,
en el día recorres la calle
y en la noche nos abres la puerta,
en el sabio nos dices verdades
y en el último tú mismo te muestras.
Yo te alabo Señor,
servidor nuestro
en todo lo creado.

(Benjamín González Buelta)